

CONFERENCIA MAGISTRAL

PASTEUR Y LOS MEDICOS *

MANUEL MARTÍNEZ-BÁEZ ‡

Me complace expresar al señor presidente de la Academia Nacional de Medicina mi profundo agradecimiento por el honor que me ha conferido al invitarme para que diga la conferencia con que nuestra Corporación honra cada año la memoria de uno de sus más ilustres miembros, el doctor don Miguel F. Jiménez, clínico eminente e investigador acucioso en varios aspectos de la medicina, entre ellos en uno que constituía problema cuya resolución preocupaba grandemente a los médicos de su tiempo, el cual consistía en precisar la naturaleza de las enfermedades que tienen en común el caracterizarse por el síndrome febril, pero entre varias de las cuales se apreciaban, cada vez mejor, diferencias acusadas y constantes, sugestivas de que serían entidades morbosas distintas en su esencia, y necesitadas, por lo tanto, de tratamientos diversos, adecuados a la especie de cada cual.

* Conferencia "Doctor Miguel F. Jiménez", sustentada en la Academia Nacional de Medicina en la sesión solemne celebrada el 29 de noviembre de 1972.

‡ Académico titular.

Miguel Jiménez estudió particularmente las diferencias y las semejanzas entre la fisionomía del tabardillo y la de la tifoidea. Precisó justamente los caracteres clínicos que distinguen el uno de la otra y si no logró su cabal identificación fue porque en su tiempo se ignoraba del todo la causa esencial de las enfermedades transmisibles. Los escritos en que Jiménez dio a luz el resultado de sus estudios antes citados fueron sus *Apuntes sobre la fiebre petequial o tabardillo que se observa en México*, y el opúsculo *Sobre la identidad de las fiebres*, publicados en 1844 y en 1865, respectivamente.

Apuntaban ya, sin embargo, como en tímida aurora, algunos vislumbres que anunciaban la próxima luz. Bretonneau había expresado su parecer acerca de que el secreto del misterio secular sobre las epidemias, debía residir en las causas propias de éstas, y preveía el hallazgo, para cada una de ellas, de su causa única, invariable, necesaria y suficiente. Era el dogma de la especificidad, enunciado como una hipótesis en busca de comprobación. No fue sino hasta el 29 de abril de 1878 cuando el genio de Pasteur dio esa comprobación, cuando al presentar a la Academia de Medicina de París su comunicación titulada *La teoría de los gérmenes y sus aplicaciones a la medicina y a la cirugía*, hizo nacer a la microbiología médica, y con ello abrió una ruta, señaló un rumbo y enseñó los métodos para promover la verdad sobre la naturaleza de las enfermedades transmisibles e inventó recursos racionales para dominarlas. En lo sucesivo fue ya posible identificar precisamente a las fiebres por la especie de su germen causal y se disiparon así definitivamente las dudas que preocupaban a Miguel Jiménez.

No es, pues, incongruente que hoy, para honrar la memoria de nuestro gran clínico, evoquemos, en nuevo y siempre merecido homenaje, la del sabio que al revolucionar la medicina hizo posible librar a la humanidad de graves plagas que por siglos la agobiaron.

Es, además, oportuno, hacer ahora este homenaje, cuando dentro de unas semanas se cumplirán ciento cincuenta años desde que el 27 de diciembre de 1822, en la ciudad de Dole, ex capital del Franco-Condado, hoy en el Departamento del Jura de la República Francesa, nació Luis, el hijo de Juan José Pasteur, curtidor de oficio y ex suboficial de los ejércitos napoleónicos, y de Juana Estefanía Roqui. Sería inútil intentar hacer ahora un resumen de la vida y de la obra de Luis Pasteur, ya que en sus aspectos esenciales y en muchos de sus detalles es bien conocida de todos vosotros. Escogeré sólo un aspecto de ella, el de sus relaciones con los médicos de su tiempo, representados concretamente por quienes integraban la Academia de Medicina de París, cuando, llevado por su clarividencia genial, comprobó la naturaleza microbiana de las enfermedades transmisibles.

Una circunstancia particular dio a esas relaciones el carácter peculiar que ellas tuvieron. Pasteur no era médico. Sus estudios, primero en el Colegio Real de Besanzón y después en el Liceo de San Luis y en la Escuela Normal Superior, en París, lo llevaron hasta el grado de Doctor en Ciencias, y tuvieron como fin preciso prepararlo para profesar las ciencias físicas en las facultades de ciencias de las universidades de Francia; además, su vocación lo indujo a procurarse adiestramiento adecuado para emprender investigaciones científicas en aquellas disci-

plinas. Ya cuando estudiaba en Besanzón había apuntado su preferencia por las ciencias frente a las humanidades, con especial interés en la física y en la química. Estudió también empeñosamente las matemáticas, por estimarlas indispensables para el mejor éxito de sus trabajos ulteriores. Para comenzar su actividad en la investigación enfocó su preferencia sobre los estudios cristalográficos, inducido por las enseñanzas de Delafosse, su maestro de mineralogía, y considerando además que con facilidad se podría procurar cristales de tartratos, grandes, bien formados, "hermosos", como los llamó varias veces. Además, disponía de una monografía sobre estas sales, recientemente publicada entonces por La Prevostaye. También le impulsaba reconocer que aquellos estudios le harían ejercitarse en varias manipulaciones de laboratorio, como la medición de los ángulos de los cristales con el goniómetro, el manejo del microscopio para observar los demasiado pequeños, la práctica de análisis cualitativos y cuantitativos para precisar su composición química y la busca y medición del efecto que sus soluciones tendrían sobre la luz polarizada.

La cristalografía aparece ya en los primeros trabajos de Pasteur, los que hizo para preparar sus tesis doctorales en física y en química; está en el primero de los que comunicó a la Academia de Ciencias de París y, sobre todo, en el que lo llevó a la resolución de un problema que no habían logrado sabios de renombre, como Mitscherlich y Biot; aquel su primer descubrimiento importante, el que le abrió de par en par las puertas, por decir así, del medio científico de París.

Prosiguió sus estudios cristalográficos cuando profesaba en la Facultad de Cien-

cias de la Universidad de Estrasburgo. Estudió entonces especialmente el fenómeno de la disimetría, presente sólo en las sustancias orgánicas en cuya génesis había participado la vida, y ausente en las de naturaleza mineral o en las elaboradas artificialmente. Esta circunstancia lo hizo llevar su atención hacia la vida y aun a tratar de levantar un poco el velo de misterio que encubre a este proceso. En una ocasión vio a la solución de un paratartrato entrar en fermentación, en coincidencia con el desarrollo en ella de una levadura que disociaba tal sustancia en los dos ácidos tártricos que la integran, destruía a uno de ellos y dejaba intacto al otro. Además, los tartratos y los paratartratos, materia prima de sus estudios iniciales provienen de los tártaros presentes en el residuo depositado en el fondo de los toneles en donde la fermentación convierte en vino al zumo de las uvas. De esta manera se vio inducido a mirar hacia la fermentación y a tratar de conocer a fondo su proceso.

Anton Van Leeuwenhoek, ya desde el siglo xvi había examinado, con su rudimentario microscopio y con la agudeza de su visión, la levadura que hace a la cerveza, y la había encontrado formada por unos corpúsculos peculiares. Dos siglos más tarde el físico francés Cagniard de La Tour había descrito a esa levadura como un ser viviente que se reproduce por gemación. Pasteur comenzó estudiando la fermentación alcohólica y, cuando siendo ya decano y profesor en la Facultad de Ciencias de Lila descubrió el microorganismo que hace a la fermentación láctica, formuló su teoría sobre la naturaleza de las fermentaciones como procesos originados en la presencia y en la actividad de microorganismos de varias

clases, cada una de las cuales daría lugar específicamente a determinado tipo de tales procesos. Descubrió también que la putrefacción, mediante la cual la materia orgánica muerta se desintegra y devuelve a la tierra y a la atmósfera los elementos químicos esenciales que la formaron, es debida a una causa como la de las fermentaciones. Desde entonces, en 1857, concibió la idea de que las enfermedades reconocidas entonces como contagiosas y, particularmente, las denominadas "fiebres pútridas", serían debidas tal vez a la intervención de microorganismos comparables a las levaduras. Por otra parte, buscando el origen de las formadas al parecer espontáneamente en los líquidos en fermentación, mediante estudios acuciosos y experimentos precisos e incontrovertibles demolió la teoría de la generación espontánea, entonces todavía apoyada decididamente por sabios de renombre, como Berthelot y Liebig.

Comprobada la certeza de su teoría de las fermentaciones y descubierta la procedencia de las levaduras que las originan, Pasteur aplicó el nuevo saber que había hallado a estudiar "las enfermedades de los vinos", como entonces se solía llamar a las alteraciones que en ellos ocurrían con frecuencia, deterioraban sus cualidades y menguaban su valor comercial. Puso en claro también el proceso de la transformación del vino en vinagre y cuando estaba entregado a tales estudios se vio obligado a averiguar la naturaleza de una enfermedad de los gusanos de seda que arruinaba a la industria sericícola en Francia y en otros países. Este trabajo le dio ocasión para enfrentarse con una verdadera enfermedad, transmisible y epidémica, debida a la infección con un microorganismo, y le permitió hacer obser-

vaciones cuyos resultados aprovechó en los trabajos que después emprendió sobre enfermedades del hombre y de algunos animales superiores. Tales investigaciones lo llevaron, o como él mismo dijo una vez, "lo arrastraron", definitivamente al campo de la biología, y un paso más lo puso dentro del de la medicina y de la veterinaria.

Fue entonces cuando comenzaron sus estudios sobre el ántrax, la septicemia y el cólera de las gallinas, a los que siguieron varios más sobre enfermedades del hombre, con los que hizo los descubrimientos y los inventos que le dieron su mayor fama y su más noble gloria.

Lamentaba no ser médico; decía que de haberlo sido habría hecho con menos dificultad sus descubrimientos y que tal vez habría logrado otros mayores. Por ello aceptó una invitación para presentarse como candidato a ocupar la plaza vacante a la sazón en la Academia de Medicina de París, en la Sección de los Agregados Libres. Fue electo, a principios de 1883, con sólo un voto de mayoría, a pesar de que su nombre encabezaba una lista con cuatro candidatos, otro de los cuales, Alfonso Bertillon, también alcanzó la fama. Así logró Pasteur estar entre los médicos, de quienes quería aprender un poco de lo mucho que ignoraba y, a su vez, esperaba comunicarles algo de lo que sabía y convencerlos para que llevaran a la práctica los resultados de los descubrimientos que estaba haciendo.

Con este ánimo comenzó Pasteur a asistir puntualmente a las sesiones que cada semana tenía la Academia, en aquel su local que había sido la capilla del Hospital de La Caridad, convertida después en el anfiteatro donde Corvisart daba sus

lecciones, a las cuales asistía, entre otros, un alumno que se apellidaba Laennec. Es posible que ninguno de quienes eran entonces miembros de aquella corporación haya pensado en aquel nuevo colega, que cojeando levemente iba a ocupar su sitio, el marcado con el número 5, y que escuchaba ávidamente las disertaciones elocuentes de los más distinguidos médicos de la época, como capaz de revolucionar profundamente un vasto sector de la medicina, con beneficio inmenso para toda la humanidad.

En aquel tiempo los médicos eran considerados como los príncipes de la ciencia. En sus gabinetes, recintos imponentes que incitaban al respeto, se ostentaba el grabado que representaba a Hipócrates rehusando los tesoros de Artajerjes, y en los cuales una biblioteca abundantemente abastecida guardaba en lugar preferente los textos básicos de la medicina, los repositorios del saber clásico y de la tradición venerable. Entonces los médicos "ordenaban", a sus pacientes, no les sugerían o les aconsejaban, y por ello solían adoptar un tono autoritario que envolvían en elocuencia y en términos rebuscados. Claude Bernard, quien por propia experiencia conocía bien aquella actitud, dijo una vez a Pasteur, en que éste tuvo que sufrirla, bajando la voz y con cierta sonrisa "¿Pero es que no ha advertido usted que cuando un médico entra en un salón o en alguna asamblea parece siempre como si fuera a decir: 'Miradme, acabo de salvar la vida a uno más de mis semejantes?' " Había ya en las relaciones de Claude Bernard con sus colegas algo de lo que Pasteur sufriría después con magnitud mayor. Uno de aquellos ilustres académicos expresaba su desdén por la intervención de las ciencias en la medicina, afirmando que "La

fisiología no puede ser de utilidad alguna a la medicina, y no es más que una ciencia de lujo que no es necesario conocer". Es natural que actitud como la que esas palabras revelaban provocara en Claude Bernard el sentimiento que le hizo hablar, alguna vez, de "esos parásitos científicos impotentes, que nada crean por sí mismos y que se afianzan a los descubrimientos de los demás sólo para criticarlos y lograr que se hable de ellos mismos". Bernard podía permitirse menospreciar abiertamente la ignorancia y la vanidad de algunos de sus colegas, porque ya tenía bien sentada su fama, y porque no se le podía reprochar que no fuera médico. Pero el caso de Pasteur era distinto.

La mayor parte de aquellos académicos deambulaban presuntuosamente entre tinieblas, y cuando se trataba de explicar las enfermedades que diezaban a las naciones, en vez de hechos comprobados no tenían sino palabras sonoras y solemnes, pero que nada preciso expresaban, tales como el "factum", el "quid ignotum", el "quid divinum", el "genio epidémico". Uno de los promotores de la participación de las ciencias en la medicina, Villemin, levantó una ola de protestas y fue tratado como un perturbador del orden médico cuando expuso su certidumbre de que la tuberculosis es transmisible y que un caso de ella proviene siempre de otro caso anterior. Contradiciéndole, Pidoux afirmaba que "la tuberculosis es el efecto final y común de causas diversas, externas e internas, pero no el producto de un agente específico y siempre el mismo".

La eminencia de Pasteur, plenamente reconocida ya en el medio científico de París, suscitaba en la Academia de Medicina sentimientos y actitudes de varia

índole, no todos favorables para él. Se conocía ya su propósito de averiguar la naturaleza de las enfermedades transmisibles; se sabía que años antes, con Sainte-Claire Deville y Claude Bernard, había iniciado una investigación sobre la naturaleza causal del cólera, basada en la idea, dominante por entonces, del supuesto papel de "los miasmas". Era notorio que sus trabajos le habían valido el reconocimiento de la Academia de Ciencias, de la que era miembro desde 21 años antes, y que se le habían otorgado varios premios de asociaciones científicas respetables, así como la Legión de Honor. Esos méritos y tales honores lo hacían interesante a los miembros de la Academia de Medicina. Algunos querían enterarse directamente de los trabajos que hacía por entonces, con el ánimo bien dispuesto para acoger las nuevas verdades que enunciaba; otros atendían más a su papel de custodios y defensores del saber tradicional, y lo miraban con desconfianza, como a un innovador osado y probablemente equivocado. Algunos más, con soberbia que los llevaba a sobreestimar su posición y su propio valer, prejuizgaban adversamente al químico que se atrevía a llegar hasta el cenáculo más alto del saber médico sin el indispensable bagaje de conocimientos sobre la medicina clásica, adquiridos mediante una preparación escolar sistemática y cabal. Es posible que también haya habido quienes, con envidia patente o disimulada, hayan sentido el pueril impulso de querer derribar a un coloso.

La medicina ha sido siempre un arte, y quienes lo han practicado de buena fe y con el propósito sincero de servir a sus semejantes han merecido el aprecio de las sociedades humanas en todos los tiempos

y en todo lugar. El médico tiene derecho a sentirse satisfecho, y aun orgulloso, cuando sabe que ejerce bien su arte. Pero con el transcurso del tiempo la ciencia fue penetrando más y más en el campo de ese arte y lo que ha hecho el enorme progreso que ha alcanzado en nuestros días ha sido fundamentalmente el continuo incremento de la participación de las ciencias en las disciplinas que sirven al cuidado y al fomento de la salud humana. A mediados del siglo XIX, la medicina había llegado a un momento crucial. Todavía en 1847 se hizo una nueva traducción de las obras de Hipócrates, con el designio preciso de que siguiera sirviendo como el libro de texto por excelencia para los médicos. Al propio tiempo, la intervención de hombres de ciencia, fisiólogos como Claude Bernard, patólogos como Virchow, y sabios en otros menesteres, como Pasteur, disipaban aquellas oscuridades, que revestidas con lenguaje arcaizante y con actitudes esotéricas, persistían, como herencia de tiempos pasados, reverenciados sin reservas por los devotos de la medicina clásica. La clínica, estimada entonces no como lo que es hoy, sino sólo como un vago poder para identificar, casi para adivinar, los padecimientos que sufrían los enfermos, era lo único reconocido como verdadera medicina. Frente a la participación de las ciencias se erigía una oposición tenaz, consciente o inadvertida, franca o disimulada, que se hacía patente en toda ocasión propicia. Un tratado famoso de terapéutica, publicado en 1855, decía en su introducción: "El químico que ha encontrado las condiciones de la respiración, de la digestión o de la acción de tal o cual medicamento, cree haber dado con ello la teoría de esas funciones o de esos fenómenos. Siempre la

misma ilusión, de la que nunca se curarán los químicos. Tomemos nuestro partido, pero, sin embargo, cuidémonos de no aprovechar esas investigaciones, a las que los químicos no se entregarían si no se sintieran estimulados por la ambición de querer explicar lo que no es de su incumbencia." Y añadía, dogmáticamente: "Entre un hecho fisiológico y un hecho patológico hay la misma diferencia que entre un vegetal y un mineral. No está en el poder de la fisiología explicar ni la más sencilla de las entidades morbosas." No debe, pues, causar sorpresa, que entre los miembros de la Academia de Medicina de París haya habido entonces renuencia para tratar de entender a Pasteur, contradicción a sus ideas y oposición vehemente a que participara en cuestiones médicas.

Muchas veces, embozada o crudamente, le echaron en cara que él no era médico; otras tantas pretendieron que debería encerrarse en el campo acotado de la química y prescindir de veleidades médicas. A veces trataban de atenuar la rudeza de sus ataques envolviéndolos en fingida simpatía, al hacerle ver que, no siendo él médico, sino solamente un químico, tenía que errar por su total ignorancia de la medicina. Todavía en nuestros días se da el caso, aunque por fortuna con creciente rareza, del médico que a sí mismo se estima como buen clínico y que no tiene tiempo, ni el interés y acaso ni la capacidad para mantenerse al tanto del progreso científico en la medicina, y a quien le basta con el aprendizaje que hizo de su arte, unido acaso a ciertas prendas personales, para servir aceptablemente a sus pacientes. Algo semejante ha sido recordado por Marcel Proust, el insigne novelista, hijo y hermano de mé-

dicos eminentes, cuando en forma incisiva dijo del doctor Cottard, uno de los más pintorescos personajes de su gran obra: "Entonces comprendimos que aquel imbécil era un gran clínico."

Además, y considerando que la obra de Pasteur fue auténticamente revolucionaria de la medicina, no debe extrañar que una innovación de tan gran trascendencia encontrara oposición de parte de los conservadores acendrados, y aun de algunos moderados en este aspecto. El mismo lo comprendía así y al explicarse la actitud de sus contradictores hallaba atenuantes para ella. Tenía conciencia constante y clara de la situación en que se encontraba por no ser médico, y su consiguiente carencia de conocimientos en medicina. Pero también reconocía la escasez de conocimientos científicos en muchos médicos, aun en algunos considerados entonces justamente como sobresalientes, y decía a este respecto: "Poseedores de una distinción natural o adquirida, dotados con brillante inteligencia y con una conversación fácil y elegante, mientras más eminentes son menos tiempo tienen para los trabajos de la verdadera investigación." Sin embargo, a veces resentía la oposición sistemática que encontraba, y que alguna vez lo hizo escribir a uno de sus maestros: "En todo caso, persisto en pensar que tengo el deber y el derecho de poner término desde luego y arrogantemente a esa veleidad de tentativa por la que se ha querido sentar la idea de que yo no podría tratar algunas cuestiones médicas porque no soy médico. He tenido que hacer comprender a la Academia que si hablo a veces de medicina es porque creo que tengo derecho a hacerlo así, tomando en cuenta mis propios estudios."

Es bien claro que tenía conscientemente el propósito de tratar de influir, como le fuera posible, para hacer entrar más y más la ciencia en el campo del arte médico. Cuando se le dio ocasión para ello, proporcionó explicaciones amplias, claras y precisas acerca de sus trabajos sobre las fermentaciones, sobre la inanidad de la generación espontánea, sobre las alteraciones de los vinos y de la cerveza, y nunca eludió las discusiones que a menudo siguieron a sus comunicaciones. Poco después de haber ingresado a la Academia dijo un día a sus colegas: "Hace poco, en una de las discusiones de esos comités en los que he podido admirar el tesoro de la elocuencia, se me pedía que sugiriera alguna medida para hacer más científicos los trabajos de esta Academia. Permitidme ahora señalaros un recurso que ciertamente no será una panacea, pero cuya eficacia me parece cierta, y que consistiría en lo siguiente: en hacer un pacto de caballeros para nunca más llamar a esta mesa 'una tribuna', para no llamar 'orador' a quien aquí presente una nota, y para no llamar 'discursos' a los trabajos que aquí se presenten. Dejemos estos términos de 'tribuna', 'orador' y 'discurso', a las asambleas políticas, en las que suelen contar más las palabras que las ideas, pero desechémoslas de nuestro lenguaje, que debe ser el propio de la ciencia."

En otra ocasión, cuando por enésima vez se le recordaba, como haciéndole un reproche, que él no era médico, repuso: "Siempre que vengo a esta asamblea tengo presente que no soy médico; lo recuerdo para lograr la mejor actitud para aprender de vosotros, para ser prudente y no decir algo de lo que no esté completamente seguro; con plena conciencia lo reconozco y lo lamento, y si todavía fuera

tiempo me veríais en los bancos de la Facultad tratando de aprender lo que ahora ignoro. Pero cuando alguno de vosotros, como sucede ahora, me recuerda que no soy médico, lo resiento, porque sé que se me quiere decir que hablo de lo que no entiendo, y entonces mi carácter de hombre de ciencia se rebela y me dicta que debo recordaros que nunca he hablado delante de vosotros si no ha sido para ilustraros, ya que hasta un niño de escuela puede enseñarnos algo que ignoramos, y, además, que nunca he pisado el campo de la medicina sin ensancharlo."

Sería fácil presentar buen número de ejemplos de la incomprensión, la oposición o la contradicción que encontró Pasteur en muchos de sus colegas de la Academia de Medicina. También sería sencillo recordar, de manera semejante, cómo puso en juego aquel rasgo de su carácter que lo hizo responder siempre inmediatamente a cualquiera oposición o contradicción a las ideas que exponía. Su profundo amor a la verdad, su rectitud inflexible y su ruda franqueza le impedían dejar sin respuesta cualquiera argumentación en contra de sus aseveraciones. A esas cualidades añadía el hábito de la docencia, que impone a quien lo tiene el deber de tratar siempre de explicar mejor lo que no se ha entendido, de reiterar lo que no ha sido captado, de disipar la duda, de combatir el error; en una palabra, de empeñarse en dejar establecida la verdad, de la cual dijo alguna vez que "no basta con enunciarla sino que siempre se debe proclamarla".

Cabe recordar que las discusiones que suscitó en la Academia de Medicina no siempre fueron serenas, como una que lo hizo lanzar violenta admonición contra un académico que se atrevió a criticar sus

ideas sobre la generación espontánea, sin saber nada de tal cuestión. O como cuando se dirigió a unos estudiantes de medicina que desde la gradería seguían atentamente las discusiones, poniéndolos por testigos de los absurdos que se le oponían. O como en aquella ocasión en que suscitó la ira violenta de un anciano académico quien no pudo tolerar su derrota, trató de ejercer violencia física sobre Pasteur y todavía después le envió sus testigos para retarlo a un duelo. Pero no tiene mayor utilidad seguir insistiendo en este aspecto negativo de las relaciones de Pasteur con los médicos de su tiempo. Baste recordar, no sin tristeza, que en la Academia de Medicina de París se enfrentó con la oposición más tenaz, la más vehemente y la más injusta, en la que a veces se llegó hasta la mentira y la calumnia con tal de tratar de derrotarlo. Esta lamentable actitud llegó a su colmo al discutirse el procedimiento de la vacunación antirrábica, cuando Peter, un académico que alcanzó celebridad por su impudicia y su terquedad, se constituyó en campeón de la oposición y en sus diatribas rebasó con mucho los límites de la verdad y de la decencia.

En realidad, y mirada a través de los años que han pasado, aquélla no era una pugna entre Colín, Pouilly, Peter y otros, por una parte, y Pasteur y quienes lo apoyaban, por la otra. Era la lucha de siempre entre la verdad y el error, entre el saber y la ignorancia, entre la rutina y la actuación racional, entre lo que de vetusto tiene toda tradición y lo que de agresivo puede aparentar toda novedad. Justo es recordar que, como es fácil suponer, fue también entre los médicos donde Pasteur encontró la comprensión más inteligente, el estímulo más poderoso y la

más sincera y respetuosa admiración. Ya Trousseau, el más eminente clínico de aquellos tiempos, muerto varios años antes del triunfo de Pasteur, había vislumbrado la verdad en las teorías recién nacidas en la mente de este sabio. El cirujano escocés Joseph Lister no esperó a que Pasteur hubiera dado fin a sus trabajos para recoger la idea básica de los mismos y al aplicar la antisepsia en la cirugía inició la era del éxito y de la prosperidad en esta rama. Más tarde fueron voces tan autorizadas como las de Villemin, de Brouardel, de Vulpian y de Charcot, las que con el vigor de la convicción y la firmeza que da estar del lado de la justicia, acallaron finalmente las diatribas de Peter. Con el paso de los años y con el esplendor de los triunfos, callaron los opositores, se acabaron las contradicciones, la verdad se impuso, fue acatada y reverenciada y se hizo gloria para Pasteur. Desde entonces la clase médica ha formado como un inmenso coro para alabar a Pasteur. Ahora, en decenas de miles de locales, en salas de academias, en aulas, en laboratorios, en calles, plazas y avenidas, se ostenta, como el símbolo de la ciencia al servicio del hombre, la imagen o el nombre de Pasteur. Pinturas, grabados, bustos, estatuas, reproducen los rasgos de aquel hombre, como queriendo evocar, con la reiteración de su figura, la inmortalidad de su fama, y la perpetuidad del tributo de gratitud que en todos los países todos los días se rinde a la memoria del más grande benefactor que ha tenido la humanidad.

* * *

Tal vez se podría decir ahora que esta evocación de la memoria de Pasteur ha sido sobre todo de carácter anecdótico,

pero estoy seguro de que reflexionando un tanto no será difícil advertir en ella más de una enseñanza provechosa. Recuerda que si entre las funciones de las academias está la de conservar y defender el saber adquirido, ello ha de hacerse sin prejuicio ni oposición sistemática frente a toda idea nueva. Que las academias cumplan siempre su misión de oponerse al error, pero que siempre estén abiertas al interés por la novedad que puede ser un paso más en el progreso. Que si, como es natural, hay entre sus miembros algunos o muchos que han dejado de ser jóvenes, sepan conservar las auténticas virtudes que de la juventud hacen divino

tesoro. Que en todo caso, pugnen siempre por defender, difundir e incrementar el saber.

Contiene, además, otra enseñanza, todavía más valiosa que la anterior. Siempre que se examina la obra de Pasteur se impone, ante todo, su valor pragmático, pero será muy provechoso saber reconocer que en ella hubo algo más que todo eso, algo cuya trascendencia supera en mérito a lo utilitario inmediato. El valor más grande del don que Pasteur hizo a la medicina fue mostrarle, con hechos positivos, que la ciencia es el medio más efectivo para ayudarla a procurar el mayor bienestar a la humanidad.